



Antártida

Puesta a punto

Alexis Averbuck y Cathy Brown



PDF

Capítulos incluidos en la guía
Antártida 1



Bienvenidos a la Antártida

Ningún lugar de la Tierra es comparable a esta enorme selva blanca de fuerzas elementales: nieve, hielo, agua y roca. La Antártida es sencillamente impresionante.

Aventura

La lejanía de la Antártida, su frío extremo, sus plataformas de hielo y cordilleras, así como su miríada de exóticas formas de vida desafían al viajero a aprovechar la vida al máximo. Toda la gente (científicos, trabajadores sociales, funcionarios y turistas) que viaja hasta la Antártida debe 'currárselo', ya sea por mar o por aire. El clima y el hielo, en los que no mandan relojes ni calendarios, marcan el itinerario. Actualmente, los visitantes pueden incluso escalar picos o navegar en kayak. Sin embargo, nada es comparable a las escarpadas grietas de un espectacular glaciar o a la inmensidad del casquete polar.

Historia

Los nombres de los exploradores y de sus soberanos y benefactores están escritos en las costas antárticas. Famosos pioneros, desde Cook hasta Amundsen y Scott, intentaron penetrar en esta vasta y misteriosa tierra, cada uno con diferentes grados de éxito. Los visitantes pueden seguir sus pasos e imaginar lo que suponía navegar a través de bloques de hielo con un barco de madera o avanzar en trineo por la meseta polar. Congeladas bajo la escarcha aún se conservan cabañas de aquella época, para contar la historia de aquellas aventuras.

Fauna

Preservada por el Tratado Antártico, la Antártida acoge varias de las especies más extraordinarias del mundo. Algunas, como las ballenas, migran desde lejanos lugares, mientras que otras, como la foca de Weddell y el pingüino emperador, viven cerca de sus orillas. Millones de aves marinas sobrevuelan el océano Antártico, y especies como el albatros y el petrel pueblan sus aguas. En general, esta fauna no teme a los humanos; normalmente, los visitantes solo provocan bostezos desinteresados en las focas y los pingüinos, que dedican toda su atención a sus crías.

Inspiración

La Antártida tiene algo inefable. Se le puede llamar inspiración o grandeza, pero es esa sensación de sentirse una minúscula motita en un territorio inmenso, enormemente bello, pero al mismo tiempo muy duro. En el territorio antártico estriadas torres heladas flotan entre el geométrico hielo de la meseta, las montañas literalmente vírgenes se alzan tras la niebla marina y la fauna vive a su ritmo, año tras año, al margen de los avatares humanos. Solo hay que dejar que la mente se eleve en un lugar casi libre de la huella humana. Es una experiencia mágica.



Por qué me encanta la Antártida

Por Alexis Averbuck, escritora

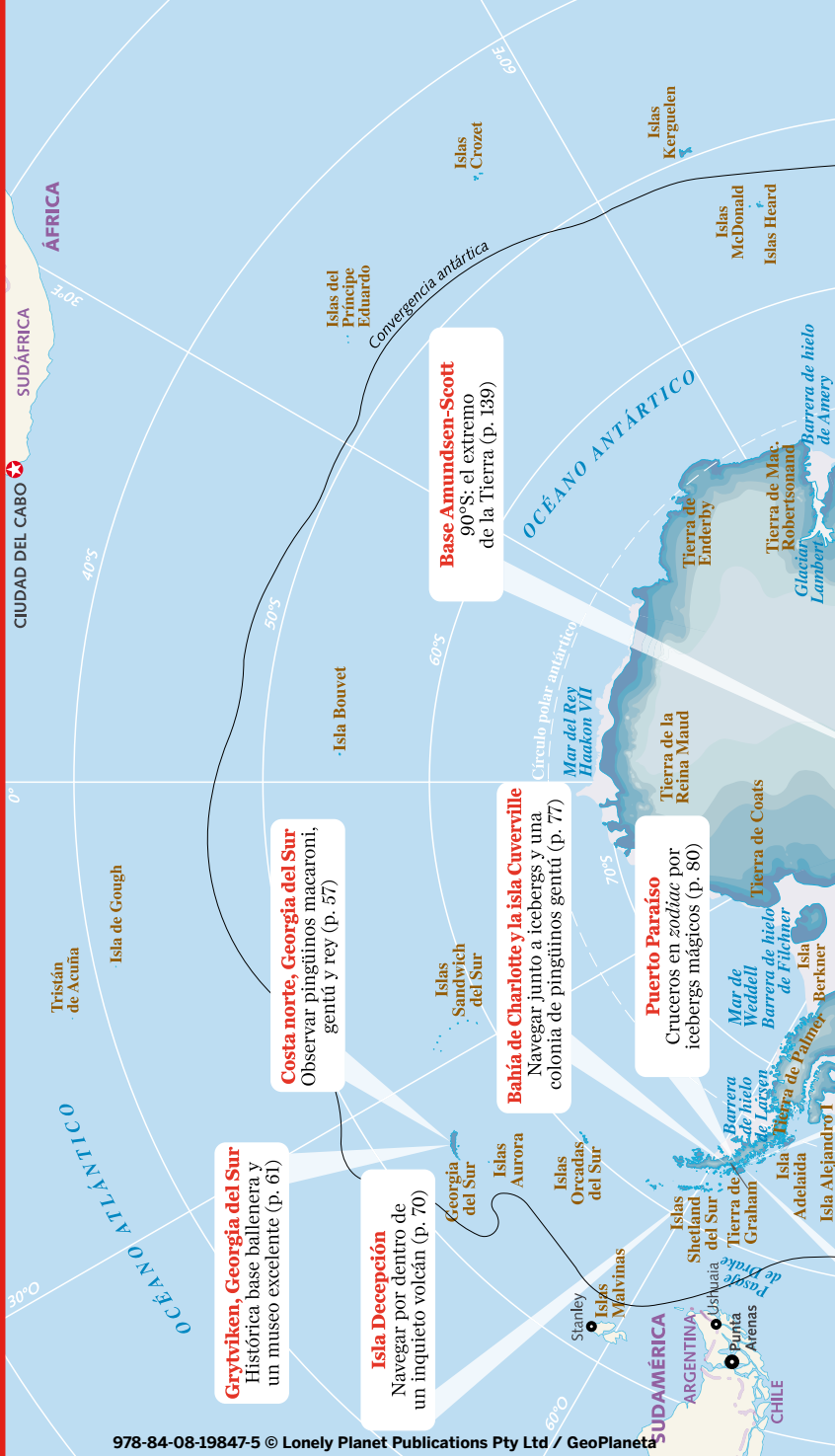
Preservado para la paz y la ciencia, este continente cubierto de hielo recompensa al viajero con inspiración, aventura y perspectiva. No hay nada como ver brillar el hielo reflejando la luz del sol en cada estación o el centelleo de un aterciopelado manto de estrellas en invierno. La fauna campa a sus anchas, y los pingüinos, las focas y las aves marinas no temen a los humanos. El hielo del mar cruje y crepita, y los icebergs se estrellan en el océano contra enormes glaciares azules mientras las ballenas emergen junto al barco. Esto es el fin del mundo (tal como lo conocemos). Este es el viaje de la vida.

Para más información sobre los autores, véase p. 232

Arriba: iceberg tabular.

Antártida

0 2000 km



Las 15 mejores experiencias

1



Observación de pingüinos

1 En cuanto la vista se tropieza con estas aves antropomorfas (p. 189), se sabe que se ha llegado a la Antártida. Desde el pequeño pingüino adelaída, con esmoquin, y el de penacho (macaroni), hasta el más grande del mundo, el elegante emperador, estas criaturas están aquí en su hábitat: el mar, el hielo y la costa. Verlos salir del agua o deslizarse por el hielo como si fuera un tobogán es todo un espectáculo. Se escuchan sus cacofónicos graznidos y puede verse cómo retozan, salen del cascarón, mudan el plumaje y cuidan de sus crías.

Pingüinos rey en la bahía de la Fortuna (p. 60).

Base Amundsen-Scott

2 El polo Sur, al que llegó por primera vez hace 100 años el explorador noruego Roald Amundsen durante la época heroica de las expediciones antárticas, aún es sinónimo de leyenda, privaciones y gloria. Hoy hay una base de alta tecnología (p. 139) rodeada de equipos de observación astrofísica de vanguardia (incluido un detector de neutrinos enterrado a unos 1900 m bajo el hielo). Para el visitante, el hecho de inmortalizarse junto a las banderas al viento y el poste con el globo terráqueo es, sin duda, algo épico.



PETE SEAWARD / LONELY PLANET ©



2

VICHI BEAVER / ALAMY STOCK PHOTO ©



RENE BAARS / SHUTTERSTOCK ©



BRAND STETSON / SCOPY ©

Crucero por el estrecho de Le Maire

3 El estrecho de Le Maire (p. 83) es un eterno favorito. Bajo un cielo rosa pálido, los glaciares avanzan lentamente desde las montañas hasta el mar. La zódiac se desliza hasta más allá de un témpano de hielo coronado por focas de Weddell y de otro poblado por pingüinos gentú. Cerca, tras haber comido, una enorme hembra de foca leopardo retoza junto al canal por el que navegó por primera vez Gerlache en 1898. En el cabo Renard, dos picos redondeados dominan el paisaje.

Cabo Evans

4 Llegar al cabo Evans (p. 108), en la isla de Ross, nunca ha sido fácil. Los esqueleros de perro se blanquean en la arena bajo el sol antártico, un recuerdo de la marcha mortal del capitán Robert Scott. Dentro de la cabaña de Scott (foto) de la fatídica expedición del *Terra Nova*, una colección de banderines de trineos, arneses de ponis y el susurro del viento recuerda a los desdichados que, desde aquí, intentaron llegar al polo Sur. Hay que visitar la sala de literas del capitán y ver las provisiones y el material fotográfico perfectamente conservados.

5



BEN COANNE / GETTY IMAGES ©

6



PHOTONIX / SHUTTERSTOCK ©

Cabaña de Shackleton

5 Al entrar en esta cabaña (p. 108; foto), en el cabo Royds (isla de Ross), se accede a un mundo de hace un siglo. Sorprendentemente intacta, la casa de madera es muy acogedora. En unos estantes se alinean botes de cristal con medicinas; sobre un litera reposa un saco de dormir; y, apiladas en el suelo, hay latas de comida con nombres poco apetitosos (carne de cordero hervida, lengua de cerdo, guisantes en polvo) a la espera de unos comensales que nunca llegarán. Ahora, los pingüinos adelaida, que crían en verano, pueblan el cabo.

Puerto Paraíso

6 Pese a la rudeza de los balleneros que faenaban en las aguas de la península Antártica a principios del s. xx, bautizaron este puerto como Paraíso (p. 80), obviamente fascinados por los impresionantes icebergs y los reflejos de las montañas del entorno. Los pingüinos gentús y los cormoranes, que anidan en los restos de la argentina base Brown, lo consideran su hogar. Desde lo alto de la colina se ven magníficamente los glaciares y, con algo de suerte, algún desprendimiento.

Grytviken (Georgia del Sur)

7 En la parte posterior del cementerio de balleneros de Grytvike (p. 61), una enorme lápida de granito señala la última morada del explorador británico Ernest Shackleton, conocido por sus hombres como "el Jefe". En la antigua estación ballenera aún quedan vestigios de aquella industria, mientras que el Museo de Georgia del Sur ofrece una visión de la vida de los balleneros así como de la historia de la región y su fauna. A un tiempo, las focas retozan frente a la pintoresca iglesia de la estación (foto).



BIRLOUIMACS / SHUTTERSTOCK ©

Isla Decepción

8 Esta isla (p. 70), con su puerto secreto, laderas con nieve cubierta de ceniza y colonia de pingüinos oculta en el Baily Head, ofrece la rara oportunidad de navegar por el interior de un volcán. Calificada de "significativo riesgo volcánico", la isla es un lugar emblemático por la arqueología industrial de su estación ballenera abandonada, medio destruida por un flujo de lodo y una inundación provocados por una erupción. En la isla se puede hacer una inmersión en sus cálidas corrientes geotérmicas.



KOHINBAQUE / SHUTTERSTOCK ©